

AGATHA CHRISTIE
LA CAJA DE
BOMBONES



Era una noche de perros. Fuera, el viento silbaba siniestro y las ráfagas de lluvia azotaban las ventanas. Poirot y yo estábamos sentados frente a la chimenea, las piernas extendidas al amor del alegre fuego. Entre nosotros había una mesita; de mi lado descansaba un vaso de ponche caliente cuidadosamente elaborado; junto a Poirot; una taza de chocolate espeso, que yo no hubiera bebido ni por cien libras. Poirot tomó un sorbo de aquella masa amarronada contenida en la taza de porcelana rosa y exhaló un suspiro satisfecho.

—*iQuelle belle vie!* —murmuró.

—Sí, este viejo mundo es magnífico —asentí—. Yo, con un buen empleo, ¡y qué empleo! Y usted: famoso...

—*iOh, mon ami!* —protestó Poirot.

—Así es. ¡Y con razón! Cuando rememoro su larga serie de éxitos, me quedo realmente maravillado. ¡No creo que usted sepa lo que es un fracaso!

—¡Un ejemplar fuera de serie sería quien pueda asegurar eso!

—No, seriamente. ¿Ha fracasado alguna vez?

—Innumerables veces, amigo mío. ¿Qué se imaginaba? *La bonne chance* no siempre está junto a uno. A veces he sido llamado demasiado tarde. Muy a menudo alguien, empeñado en alcanzar la misma meta, ha dado primero con la solución. Dos veces me enfermé justo cuando estaba a punto de alcanzar el éxito. Hay que afrontar las buenas y las malas, amigo mío.